

## LA CRÓNICA

## Todo mentira

ARCADI ESPADA

Carmen Amaya fue una gitana nacida en la república ilegal del Somorrostro, a principios del siglo XX, cuando Cataluña, la noción de Cataluña, apenas estaba en la cabeza de cuatro vivarachos. En Somorrostro, barrio entre la Barceloneta y Pueblo Nuevo, nombre que hoy nada nombra, irreparable para la *nomenklatura* por la desagradable dureza de su eco, Carmen llevó de niña una vida completamente miserable. Por la mañana iba a buscar carbón en las estribaciones de Montjuïc. Luego bailaba hasta el amanecer en cuatro sórdidas casuchas a las que llamaban cafés cantantes. De haber tenido una noción más o menos cabal de Cataluña, habría pensado que Cataluña era la poli, los guardias que a veces interrumpían su danza en el Viña Rosa preguntando qué hacía la crija bailando a esas horas y a los que era preciso untar para que no se la llevaran al reformatorio. Carmen Amaya era una gitana, una gitana solitaria y negruzca, acostumbrada a trabajar demasiado desde niña, que en cuanto tuvo la mínima oportunidad se largó de aquello que llamaban Cataluña y volvió dos veces, una para inaugurar una fuente que le habían alzado en homenaje y otra para morir.

Ayer, muchos años después de su muerte, volvieron a homenajearla en su fuente del barrio marítimo, porque hoy, Carmen Amaya, es emblema del flamenco catalán y el XXVIII Congreso de Arte Flamenco, que se inaugura mañana en Barcelona y que tiene como tema el flamenco y Cataluña. Todo mentira, claro. El homenaje consistió en la limpieza de la fuente, que daba asco, y en la colocación de una placa titulada *Espai Carmen Amaya* en una hermosa planta del Centre Cívic de la Barceloneta, que funciona y sirve a los vecinos desde hace mucho tiempo y que ahora por fin ya tiene nombre, que falta le hacía. Durante la ceremonia, la señora concejala del distrito, Katy Carreras, dijo que por las circunstancias del país nadie hizo caso a Carmen Amaya en su momento y que ahora ellos reparaban la deuda. Es sor-

prendente. La concejal Carreras se refería al franquismo, pero su demagogia tenía, por las razones que voy a exponer, fundamentos muy inexactos. Uno: la concejal Carreras había mandado limpiar una fuente construida el año 1959 por iniciativa del periodista José María Massip, pagada por el Ayuntamiento franquista de Porcioles y esculpi-

da por Rafael Solanic. Dos: la fuente incluye un simpático bajorrelieve de angelotes del mencionado escultor que necesita una urgente restauración desde hace tiempo. Tres: en veintidós años de democracia municipal, el Ayuntamiento de Porcioles ha limpiado la fuente franquista y ha colocado una plaquita, *Espai...* etcétera, y eso es todo lo que ha hecho

por Carmen Amaya. Ahora nosotros reparamos el olvido, dice más o menos la concejal.

Sin embargo, tanta inofensiva demagogia, tanta falsedad pinturera van bien al caso, porque Carmen Amaya, como empecé diciendo, no tuvo nunca otra identidad que la de su gitanería, otra geografía política que la del Somorrostro ni otro postrarse que no fuera ante su *diabé*, que es como en caló llaman a Dios. Pero va bien, sobre todo, porque caricaturiza uno de los equívocos esenciales en la relación entre Cataluña y el flamenco, o entre Andalucía y el flamenco, que vale lo mismo: el darle a esa música una misión identitaria, un rasgo de expresividad popular. El flamenco no ha sido nunca una música popular, sino la decantación artística, individual, hermética de muchas músicas populares. Sólo músicas menores, como la sardana, pueden ser la abrumadora expresión de un pueblo. Las músicas grandes son secas expresiones de los individuos, que contra la opinión popularísima, no son merecedoras de un pueblo restado.

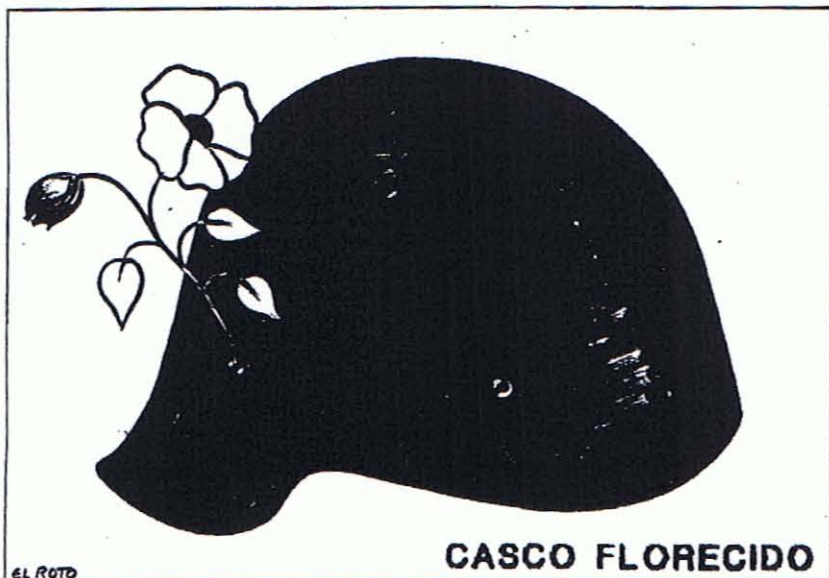
Las peculiares condiciones sociológicas y políticas de Cataluña y mucha de la gente que vive —o malvive— de esas condiciones insisten en la idea de convertir a Carmen Amaya en expresión y sentir de un pueblo, como si fuera una cualquiera. La operación sale barata: cada veinte años se limpia la fuente e incluso, algún día, puede que se restaure. Además, la bailaora es una leyenda abierta: ya viven muy pocos que la vieran actuar y el mejor —por no decir el único— testimonio filmado que queda de su baile es el emocionante crepúsculo de *Los Tarantos*. Por supuesto ninguna de las instituciones al cuidado cotidiano de nuestras identidades han facilitado nunca la elaboración de algún trabajo que permitiera saber, aproximadamente, quién fue Carmen Amaya y quiénes fueron los suyos. Eso sería ir del símbolo al signo y del mito al individuo. Un viaje demasiado largo para la Cataluña de hoy, convertida de esquina a esquina en pura propaganda.



El bailarín Iñaki Márquez, en la inauguración del Espai Carmen Amaya. / MARCELLI SÁENZ

**Magro homenaje a Carmen Amaya en Barcelona. La concejal Katy Carreras dijo que por las circunstancias del país nadie hizo caso a Carmen Amaya en su momento y que ahora ellos reparaban la deuda. Es sorprendente**

## EL ROTO



CASCO FLORECIDO

EL ROTO

## OPINIÓN

## DEL LECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder las 20 líneas mecanografiadas. En ellos deben figurar la firma, el domicilio, el teléfono y el número de DNI o pasaporte de los autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. Correo electrónico: [opinión@elpais.es](mailto:opinión@elpais.es)

## Ruido

Intento trabajar en la plaza de Catalunya de Barcelona, a pesar de los constantes ruidos que allí tenemos que soportar sin que nadie pueda hacer nada para mitigarlos, según me informa con amabilidad un policía municipal, que resume sus posibilidades de actuación en un breve "escriba usted al alcalde". Sé que no soy el único que se queja de los espectáculos musicales que cada día se ofrecen, por sentido común y porque la

fuerza policial me lo ha confirmado. Pero vamos a tener que seguir oyendo música, nos guste o no, al volumen que otros deseen y a la hora que ellos nos manden.

Es curioso ver que se necesite un permiso, además de un cuantioso desembolso, para instalar un negocio en la calle, mientras que es gratuito ocupar un importante espacio público en el centro de la ciudad, cortar el paso por una de sus vías naturales y atronar sin más a los vecinos. ¿Es éste el País d'Europa que nos venden?

No sé por qué se preocupa nadie por el cierre de la sala Zeleste: se puede montar un concierto donde a uno le plazca; incluso se puede cortar una avenida con la colaboración de los asistentes. Quizás cerca de algún hospital haya un rincón tranquilo para organizarlo. Ahora me explico por qué están sustituyendo el asfalto por un compuesto que atenúa el ruido: ¡para que oigamos mejor la música!— Miguel Ángel Sánchez-Mateos. L'Hospitalet de Llobregat.